

LA MORAL CRISTIANA

por AGAPITO DE SOBRADILLO

La palabra *moral*¹ es un adjetivo calificativo de algo que se relaciona con la conducta humana. Las ciencias que versan acerca de las costumbres se llaman *morales* y las leyes que regulan los actos humanos se denominan también *morales*.

BIBLIOGRAFIA

- ARINTERO, J. G., *La evolución mística*. Madrid, 1952.
BALIRACH, J. M., *Estudios modernos de Teología Moral*. 2 vol., Santander, 1963-65.
BERG, L., *Ética social*. Madrid, 1964.
BROGLIE, G. DE, *De fine ultimo humanae vitae*. Paris, 1954.
FORD-KELLY, *Problemas de Teología Moral contemporánea*. Santander, 1962.
GILLEMENT, G., *Le primat de la charité en Théologie Morale*. Paris, 1952.
HÄRING, B., *Das Gasetz Christi*. Freiburg im Breisgau, 1954.
Iniciación teológica. Tomo 2.º. *Teología Moral*. Barcelona, 1959.
JONE, H., *Katholische Moraltheologie*. Paderborn, 1950.
LAGRANGE, M. J., *La morale de l'Évangile*. Paris, 1932.
LANZA - PALAZZINI, *Principios de Teología Moral*. 3 vol., Madrid, 1958.
LECLERCQ, J., *L'Enseignement de la morale chrétienne*. Paris, 1950.
— *Morale fondamentale*. Paris, 1954.
LIEGE, *Vivre en chrétien*. Paris, 1960.
LE SENNE, R., *Traité de Morale générale*. Paris, 1947.
LOTTIN, O., *Morale fondamentale*. Paris, 1954.
MERSCH, E., *Morale et corps mystique*. 2 vol., Bruxelles, 1949.
MOUROUX, J., *Sens chrétien de l'homme*. Paris, 1947.
PEINADOR, A., *Theologia Moralis Fundamentalis*. Madrid, 1945.
RAMIREZ, J. M., *De hominis beatitudine*. 3 vol. Salmanticae, 1942.
REDING, M., *Handbuch der Moraltheologie*. München, 1953.
ROYO MARIN, A., *Theologia Moral para seglares*. Madrid, 1950.
SAURAS, E., *El cuerpo místico de Cristo*. Madrid, 1952.
THILS, G., *Tendances actuelles en Théologie Morale*. Gembloux, 1940.
TILLMANN, F., *Die Idee der Nachfolge Christi*. Düsseldorf, 1947.
ZALBA, M., *Summa Theologiae Moralis*. Vol. 1.º, Madrid, 1956.

1. Cf. J. RAMIREZ, *De hominis beatitudine*. I, Salmanticae, 1942, pp. 36-38, nn. 34-38.

Muchas veces, sin embargo, la palabra *moral* se usa como sustantivo. La Filosofía moral es la Ética o la *Moral*. Y a la Teología moral se la designa por la *Moral*. Claro está que en los dos casos se sobreentiende, respectivamente, la palabra Filosofía o Teología.

La palabra *moral* es, sobre todo, sustantivo cuando designa un sistema o un conjunto de principios a los que hay que ajustarse en la manera de vivir, como cuando se dice: *moral natural*. Y es también sustantivo, significando una manera determinada de vivir o de obrar, v. gr., fulano es de una *moral* intachable, o, por el contrario, de una *moral* reprobable o sospechosa.

Teniendo en cuenta las anteriores acepciones de la palabra *moral*, la *moral cristiana* puede significar: a) La moral que nos enseñó Jesucristo y de la que El es el perfecto modelo. En otros términos, es un género de vida según las enseñanzas y los ejemplos de Jesucristo. b) La ciencia que expone esa moral o ese género de vida. Esta ciencia es la *Teología Moral*.

Estas dos acepciones de *moral cristiana* son afines y se relacionan entre sí: en una, en la segunda acepción, se trata de una ciencia; en la otra, en la primera acepción, del objeto o contenido de esa ciencia.

Aquí se habla, no de la Teología Moral, sino de la moral de Cristo, del género de vida que tiene que vivir el cristiano.

1. CRISTO MAESTRO Y MODELO

Dice el Concilio Vaticano II que «nuestro Señor Jesucristo predicó la santidad de vida, de la que El es Maestro y Modelo, a todos y a cada uno de sus discípulos»². Es decir, para el cristiano el verdadero maestro es Jesucristo, cuyas enseñanzas tiene que seguir, y es también el modelo, el ejemplar, a quien tiene que imitar.

a) *Jesucristo es nuestro maestro.*

Jesucristo desde un principio aparece como verdadero maestro. Cuando sólo tenía doce años, en el templo se sienta en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. «Y cuantos le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas» (Lc. 2, 46-47). A buen seguro que las preguntas y respuestas de Jesús versaban, no sobre cosas especulativas, sino sobre cosas prácticas. Jesucristo, que crecía en sabiduría (Lc. 2, 40), poco tiempo

2. *Lumen Gentium*, n. 40.

después de haber comenzado su vida pública, se presenta un día en la sinagoga de Nazaret y, ante la admiración de sus convecinos, se apropia a sí mismo las palabras del profeta Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres, me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista, para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar año de gracia del Señor» (Lc. 4, 18-22). Ya al final de su vida, hablando a las muchedumbres y a sus discípulos, les decía, refiriéndose a sí mismo: «Uno solo es vuestro maestro... Uno solo es vuestro doctor, Cristo» (Mt. 23, 8-10). Y en la última cena decía también a sus discípulos: «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy» (Jo. 13, 13).

Jesucristo era reconocido por el nombre de *Maestro*. Así lo llamaban sus discípulos (Mc. 4, 38; 10, 35), las santas mujeres (Jo. 20, 16) y sus mismos enemigos (Mc. 12, 18; Jo. 8, 4). Este oficio de maestro lo ejercía constantemente: «Recorria toda la Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y curando en el pueblo toda enfermedad y dolencia» (Mt. 4, 23; 9, 35). Las muchedumbres se agolpaban junto a El «para oír la palabra de Dios» (Lc. 5, 1). Los mismos fariseos y herodianos reconocían que era sincero y enseñaba con verdad el camino de Dios (Mt. 22, 16; Luc. 20, 21). Cuando le prendieron sus enemigos les pudo echar en cara: «Todos los días me sentaba en el templo para enseñar y no me prendisteis» (Mt. 26, 55; Luc. 22, 53).

No cabe duda, Jesucristo era el Maestro que se imponía por su bondad, por su porte y por sus enseñanzas. Era el Maestro por excelencia. San Clemente de Alejandría le llama «preceptor» ³; Lactancio, «doctor de justicia» ⁴; y el Papa Pío XI, «el Divino Maestro» ⁵. También el Concilio Vaticano II proclama a Cristo: Maestro ⁶, único Maestro ⁷, luz de las gentes ⁸, luz del mundo ⁹ y origen de toda verdad ¹⁰.

Ahora bien, las enseñanzas de Jesucristo transmitían el mensaje del Padre acerca de la vida sobrenatural que tenían que vivir sus seguidores: «La palabra que yo he hablado, esa le juzgará en el último día, porque yo no he hablado de mí mismo; el Padre mismo que me ha enviado es quien me mandó lo que he de decir y hablar. Y yo sé que su precepto es la vida eterna» (Jo. 12, 48-50). «En verdad, en verdad os digo, que el

3. Rouët de Journal, n. 401.

4. Rouët de Journal, n. 634.

5. *Acta Ap. Sed.* 22 (1930) 48 ss.

6. Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 13; decr. *Ad gentes divinitus*, n. 8.

7. Decr. *Gravissimum educationis*, n. 8.

8. *Lumen Gentium*, n. 1.

9. *Lumen Gentium*, n. 3.

10. *Lumen Gentium*, n. 67.

que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado, porque pasó de la muerte a la vida» (Jo. 5, 24).

Como dice el Concilio Vaticano II, «Cristo, pues, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los cielos, nos reveló su misterio, y efectuó la redención con su obediencia»¹¹. «Nuestro Señor Jesucristo fundamentó su Iglesia predicando la buena nueva, es decir, el Reino de Dios prometido muchos siglos antes en las Escrituras»¹².

La *moral cristiana*, como se verá después, consiste en vivir en toda su plenitud esa vida sobrenatural sobre la que versan las enseñanzas de Jesucristo, en realizar la buena nueva del Evangelio.

b) *Jesucristo es nuestro modelo.*

Jesucristo, además de ser el único y verdadero Maestro de la *moral cristiana*, es también el verdadero modelo que imitar.

El ser modelo, ejemplar, además de ser Maestro, es característico de Jesucristo. Los fundadores de sistemas éticos se limitan a enseñar su moral. No se proponen como modelos. Incluso sus obras pueden ser muy distintas de lo que ellos enseñan, sin que esto vaya en menoscabo de su doctrina. La moral enseñada por Aristóteles tendría el mismo valor, aunque se demostrara que Aristóteles no acomodó su conducta a sus enseñanzas¹³. De seguro que hay muchos que defienden el comunismo en sus propagandas, pero que en la práctica están muy lejos de practicarlo.

Jesucristo, en cambio, enseñó y practicó para servir de ejemplo a sus seguidores. La conducta de Jesucristo es la verdadera pauta de la conducta del cristiano. Repetidas veces Jesucristo se ofrece como el modelo que hay que imitar: «Aprended de mí» (Mt. 11, 29). «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jo. 14, 6). «Yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como yo he hecho» (Jo. 13, 15).

San Pablo presenta a Jesucristo como el ejemplar cuya imagen tienen que reproducir en sí mismos los cristianos: «El primer hombre fue de la tierra, terreno; el segundo hombre fue del cielo. Cual es el terreno, tales son los terrenos; cual es el celestial, tales son los celestiales. Y como llevamos la imagen del terreno, llevaremos también la imagen del celestial» (1 Cor. 15, 47-49). El mismo apóstol, escribiendo a los cristianos de Filipos, les decía: «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Phil. 2, 5).

San Pablo, es verdad, se proponía a sí mismo como modelo a los cris-

11. *Lumen Gentium*, n. 3.

12. *Lumen Gentium*, n. 5.

13. Cf. J. LECLERQ, *L'enseignement de la morale chrétienne*. Paris, 1950, p. 43.

tianos de Corinto: «Os exhorto, pues, a ser imitadores míos» (1 Cor. 4, 16). Y lo mismo decía a los cristianos de Efeso: «Sed, hermanos, imitadores míos y atended a los que andan según el modelo que en nosotros tenéis» (Phil. 3, 17). Pero San Pablo se ofrece como modelo, en cuanto él es imitador de Cristo. Esto es lo que se dice expresamente en el texto citado de la carta a los de Corinto, según la Vulgata: «Imitatores mei estote, sicut et ego Christi = sed imitadores míos, así como yo lo soy de Cristo» (1 Cor. 4, 16).

También los demás santos son modelos de conducta. El Conc. Vaticano II nos exhorta a imitar a los santos: «El auténtico culto a los santos no consiste tanto en la multiplicidad de los actos exteriores, cuanto en la intensidad de un amor práctico, por el cual, para mayor bien nuestro y de la Iglesia, buscamos en los santos el ejemplo de su vida, la participación de su intimidad y la ayuda de su intercesión»¹⁴. El mismo Concilio dice de la Stma. Virgen que es «miembro sobresaliente y del todo singular de la Iglesia, su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y caridad»¹⁵, la proclama «modelo de virtudes»¹⁶ y, finalmente, exhorta a los fieles a imitarla: «Recuerden, pues, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un afecto estéril ni en vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, por la que somos conducidos a conocer la excelencia de la Madre de Dios y somos excitados a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes»¹⁷.

Pero la Stma. Virgen y los Santos son modelos de virtud en cuanto ellos han seguido los ejemplos de Jesucristo, como lo indica claramente el Concilio: «Al mirar la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la Ciudad futura y al mismo tiempo aprendemos cuál sea, entre las mundanas vicisitudes, el camino seguro, conforme al propio estado y condición de cada uno, que nos conduzcan a la perfecta unión con Cristo, o sea, a la santidad»¹⁸.

2. JESUCRISTO NO ABROGO LA MORAL NATURAL

a) *La moral natural.*

Moral natural es la que conviene o pertenece a la naturaleza del hombre. Es lo mismo que ley natural y está inserta en el corazón de cada indi-

14. *Lumen Gentium*, n. 51.

15. *Lumen Gentium*, n. 53.

16. *Lumen Gentium*, n. 65.

17. *Lumen Gentium*, n. 67.

18. *Lumen Gentium*, n. 50.

viduo. Santo Tomás decía que «la ley natural no es otra cosa que la participación de la ley eterna en la criatura racional»¹⁹.

La moral natural dimana del fin para el cual fue creado el hombre, puesto que la actividad del hombre debe tender a alcanzar este fin o destino.

El fin del hombre es el mismo que el de toda la creación: manifestar la gloria de Dios. Quiso Dios, por su bondad y omnipotencia, manifestar su perfección, creando el mundo y comunicando a cada una de las criaturas diversos grados de su infinita perfección. Creó los seres inanimados, dándoles simplemente el ser o la existencia. Creó también las plantas y los animales y les otorgó, además del ser, el poder obrar por sí mismos. Creó los espíritus, o sea, el mundo angélico, y los dotó de inteligencia y voluntad. Por fin creó al hombre, compuesto de alma y cuerpo. El hombre es como una recopilación de los demás seres creados: por constar de cuerpo posee las perfecciones de los seres corpóreos, y por tener un alma, que es al mismo tiempo vegetativa, animal y racional, contiene las perfecciones de todos los seres vivientes²⁰. El hombre, por tanto, es un microcosmos en el que están representadas todas las criaturas. A este propósito dice el Concilio Vaticano II: «En la unidad de un cuerpo y un alma, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima y alza la voz para la libre alabanza del Creador»²¹.

Si Dios creó el mundo para comunicar sus perfecciones a las criaturas, éstas no tienen otro fin que manifestar la gloria de Dios, según los grados de perfección que de Dios han recibido. Esta es una verdad que se repite varias veces en la Sagrada Escritura: «Todos cuantos llevan mi nombre... yo los creé y formé para mi gloria» (Is. 43, 7). «Todo lo ha hecho Yavé para sus fines, aun el impío para el día malo» (Prov. 16, 4). «Yo soy el alfa y la omega» (Ap. 1, 8), esto es, el principio y el fin.

Los seres inanimados manifiestan la gloria de Dios y cumplen con su destino, por su mera existencia. Los vivientes irracionales cantan esa misma gloria y alcanzan su fin, mediante su existencia y mediante la actividad de sus potencias, que obran de una manera determinada. Los espíritus puros dan gloria a Dios con su inteligencia y voluntad.

El hombre, al constar de cuerpo y alma, está destinado a manifestar la gloria de Dios de una manera peculiar. Por medio de su cuerpo, manifiesta la gloria de Dios, igual que las criaturas corpóreas. Con la actividad

19. 1-2, q. 91, a. 2.

20. Denz., n. 1783.

21. *Gaudium et spes*, n. 14.

de sus potencias vegetales y las meramente sensitivas, el hombre da gloria a Dios, como la dan las plantas y los animales. Pero cuando obra racionalmente, debe dar gloria a Dios de una manera libre. Como dice Santo Tomás, el hombre es imagen de Dios, «en cuanto es principio de sus obras por estar dotado de libre albedrío y dominio de sus actos» ²².

De este fin del hombre, para que ha sido creado y que tiene que alcanzar de una manera racional y libre, se deriva la *moral natural*.

Esta moral natural contiene distintas clases de preceptos: a) los preceptos primarios, que no son más que los primeros principios de moralidad, evidentes a todo el mundo, de los cuales el fundamental es: *bonum est faciendum et malum est vitandum* = se ha de hacer el bien y evitar el mal; b) los preceptos secundarios, que se derivan inmediatamente de esos primeros principios y que, de una manera general, son los llamados preceptos del Decálogo; estos preceptos son fácilmente conocidos por todo el mundo; c) ulteriores preceptos, que son consecuencias de los preceptos secundarios y que de ordinario sólo son conocidos después de detenido estudio ²³.

Estos diversos preceptos atañen al hombre en cuanto individuo y en cuanto forma parte de la sociedad. Por este motivo la moral natural es de dos clases: la *individual o personal* y la *social*.

La *moral individual* impone obligaciones al individuo para con Dios y para consigo mismo. Los deberes del hombre para con Dios, su Creador, son conocerle, darle culto y amarle, de una manera correspondiente a sus fuerzas naturales. La obligación primordial del hombre para consigo mismo, de la que se derivan otras muchas, es el que obre siempre guiado por la razón y no por el egoísmo, el interés y las pasiones.

La *moral social* regula las relaciones del hombre, viviendo en sociedad. El hombre, por naturaleza, es social. Todos los conciudadanos deben respetarse mutuamente sus derechos, ayudarse unos a otros y contribuir al bien común, que, como dice el Concilio Vaticano II, «es la suma de aquellas condiciones de la vida social mediante las cuales los hombres pueden conseguir con mayor plenitud y facilidad su propia perfección» ²⁴.

b) *Jesucristo confirmó y perfeccionó la moral natural.*

Jesucristo dijo en el Sermón de la Montaña: «No penséis que he venido al mundo a abrogar la ley y los profetas; no he venido a abrogarla, sino

22. 1-2, prol.

23. 1-2, q. 94.

24. Decr. *Dignitatis humanae*, n. 6.

a consumarla» (Mt. 5, 17). Jesucristo en estas palabras se refería a la ley mosaica, que, como es sabido, contenía preceptos morales, ceremoniales y judiciales.

Tanto los preceptos ceremoniales como los judiciales eran leyes positivas dadas a Israel, el antiguo pueblo escogido. No tenían más finalidad que figurar y preparar la obra del futuro Mesías. Con la venida de Jesucristo, al ser rechazado el antiguo pueblo escogido, esas leyes fueron abrogadas y sustituidas por las leyes por las que se regiría el nuevo pueblo de Dios, o sea, la Iglesia.

No así los preceptos morales de la *ley mosaica*. Estos preceptos, o sea, los llamados preceptos del Decálogo, no eran otra cosa que la misma ley natural, inserta ya por la misma naturaleza en el corazón del hombre, pero promulgada de una manera externa y solemne por el mismo Dios en el Monte Sinaí. Estos preceptos de orden natural no fueron abrogados por Jesucristo.

Jesucristo no vino a destruir, sino a restaurar, a renovar la humanidad caída. El Verbo asumió la naturaleza humana tal cual era, a excepción del pecado. De la misma manera, la nueva vida sobrenatural que Jesucristo infunde al cristiano no destruye tampoco la vida natural de éste, sino que la purifica y la eleva a un nuevo orden, al sobrenatural. La naturaleza del cristiano sigue intacta, pero informada por un nuevo orden. Igual sucede con la *moral natural*. Después de la venida de Jesucristo sigue en todo su vigor, pero purificada y elevada por la *moral cristiana*. La *moral natural* será una parte de la *moral cristiana*.

En primer lugar, lo que hizo Jesucristo respecto a la moral natural fue purificarla de falsas y torcidas interpretaciones que con el tiempo se habían introducido. Un ejemplo palmario de esto es la restitución del matrimonio a su primitiva pureza. En contra de la indisolubilidad del matrimonio se había introducido en el pueblo de Israel el divorcio. Y Jesucristo dice a los fariseos que le tentaban con preguntas sobre la licitud del divorcio: «Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fue así. Y yo os digo que quien repudia a su mujer (salvo el caso de adulterio) y se casa con otra, comete adulterio» (Mt. 19, 8-9).

Jesucristo, en segundo lugar, perfecciona la *moral natural*. En el Sermón de la Montaña recorre varios mandamientos de orden natural y después de recordar la interpretación que hacían los escribas y fariseos, va diciendo cómo se han de entender y practicar: «Habéis oído decir...; pero yo os digo» (Mt. 5, 21-48).

Si Jesucristo corrobora y perfecciona la *moral natural*, no es de extrañar que en sus enseñanzas haga alusiones frecuentes a la moral natural y que

exija su observancia. Al joven que le preguntó por lo que tenía que hacer para alcanzar la vida eterna, sólo le urgió la observancia de los mandamientos del Decálogo (Mt. 19, 16-19). A los fariseos que le tentaban les dice que los Mandamientos de la Ley se cifran en dos: en amar a Dios y al prójimo (Mt. 22, 34-40).

La *moral cristiana*, por consiguiente, se ha apropiado toda la *moral natural*. Y como todos los otros sistemas morales tienden a ser naturales, es decir, a reproducir la *moral natural* o al menos a acercarse lo más posible a ella, se sigue que la moral cristiana contiene todo lo bueno y razonable de esos sistemas, puesto que todo eso bueno y razonable, más o menos común en todo sistema moral, ha sido copiado de la *moral natural*.

Es comprensible, por tanto, que entre los seguidores de esos sistemas morales, haya muchos que tengan al menos ciertas virtudes humanas. Pero entre el cristiano y el no creyente que practican la *moral natural* hay una diferencia profunda que los separa. El discípulo de Cristo observa una *moral natural* elevada al orden sobrenatural e informada por el espíritu que le infundió Jesucristo; mientras que la *moral natural* que guarda el no creyente es una moral meramente humana. La diferencia entre esas dos clases de moral es la misma que existe entre un cuerpo vivificado por el alma y un cuerpo sin vida.

3. LA LEY NUEVA DE CRISTO

Jesucristo no solamente se arrogó la potestad de purificar la moral natural de falsas interpretaciones y adiciones y de restituirla a la primitiva pureza. Sancionó una nueva moral.

Repetidas veces habla Jesucristo de «su precepto», de «sus mandamientos»: «Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros» (Jo. 13, 34). «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Jo. 14, 15). «El que recibe mis preceptos y los guarda, ese es el que me ama» (Jo. 14, 21). El cumplimiento de los preceptos de Jesucristo es necesario para entrar en el Reino de los cielos. Momentos antes de su ascensión, decía Jesucristo a sus discípulos: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he enseñado» (Mt. 28, 19-20); «el que creyere se salvará, mas el que no creyere se condenará» (Mc. 16, 16).

Jesucristo, sin embargo, no es como los demás legisladores. Su moral no consiste en un cúmulo de leyes codificadas. Jesucristo, en vez de dictar muchas leyes externas, exige de sus seguidores que vivan la nueva vida que El les comunica y que es necesario vivir para salvarse.

Antes de hablar de esa nueva vida, es necesario anotar que Dios elevó al hombre al estado sobrenatural. De este estado cayó el hombre por el pecado de los primeros padres; pero fue redimido por Jesucristo. Todas estas verdades nos las recuerda el Concilio Vaticano II: «El Padre Eterno creó el mundo universo por el libérrimo y misterioso designio de su sabiduría y bondad, decretó elevar a los hombres a la participación de su vida divina y, caídos por el pecado de Adán, no los abandonó, dispensándoles siempre su ayuda en atención a Cristo Redentor»²⁵; «vino, pues, el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió antes de la creación del mundo, y nos predestinó a la adopción de hijos... Cristo... efectuó la redención con su obediencia»²⁶.

En este orden sobrenatural, al que hemos sido elevados por Jesucristo, tenemos que vivir una nueva vida espiritual, que no destruye la vida natural, sino que la informa y la eleva también al orden sobrenatural, de suerte que el hombre en su totalidad, en cuerpo y alma, está vivificado por esa vida espiritual que comunica Jesucristo.

La *moral cristiana* consiste precisamente en vivir lo más intensamente posible esa vida sobrenatural, hasta llegar el hombre a transformarse en la imagen de Cristo.

a) *Jesucristo es vida y nos la comunica.*

Decía Jesucristo a Nicodemo que para entrar en el Reino de los cielos había que volver a nacer (Jo. 3, 3). Este renacimiento no es volver al seno materno y de nuevo nacer, como el mismo Jesucristo explicó a Nicodemo, sino nacer a la vida espiritual (Jo. 3, 5), vida que nos comunica Jesucristo por medio del Espíritu Santo.

Jesucristo repetidas veces afirma que El es la vida: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jo. 14, 6). «Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre» (Jo. 11, 25-26). Los apóstoles estaban bien convencidos de que Jesucristo era la vida. San Juan dice en el prólogo de su Evangelio: «En El estaba la vida» (Jo. 1, 4). El mismo apóstol dice en la primera de sus cartas: «El es el verdadero Dios y la vida eterna» (1 Jo. 5, 21). Y San Pedro llama a Jesucristo «el autor de la vida» (Act. 3, 15).

Jesucristo nos comunica esa vida. El mismo dice: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jo. 10, 10). A los judíos que

25. *Lumen Gentium*, n. 2.

26. *Lumen Gentium*, n. 3.

discutían con El por haber curado en sábadó al paralítico de la piscina, les decía: «Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida» (Jo. 5, 21). Y de una manera solemne añadía: «En verdad, en verdad os digo, que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado, porque pasó de la muerte a la vida» (Jo. 5, 24). Y echándoles en cara su incredulidad, añadía: «No queréis venir a mí para tener la vida» (Jo. 5, 40). En otra ocasión a los que le pedían una señal, semejante al maná del desierto, para creer en El, les contestó: «Yo soy el pan de vida; vuestros padres comieron maná en el desierto y murieron. Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo... El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día... Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que come vivirá por mí...; el que come este pan vivirá para siempre» (Jo. 6, 48-58).

La parábola de la vid manifiesta maravillosamente cómo Jesucristo comunica a sus seguidores la vida eterna: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. El que no permanece en mí es echado fuera como el sarmiento y se seca, y los amontonan y los arrojan al fuego para que ardan» (Jo. 15, 5-6). Para tener la vida eterna, es necesario estar unidos con Jesucristo. Por esta razón decía San Juan: «Y el testimonio es que Dios nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida, el que no tiene al Hijo, tampoco tiene la vida» (1 Jo. 5, 11-12).

Esta vida que nos comunica Jesucristo es la vida de la gracia. La gracia es un don. Por nosotros mismos nada podemos hacer para merecer y alcanzar ese don. Por eso precisamente, por ser gratuito, se llama gracia. En Dogmática se explica la naturaleza y las propiedades de la gracia.

Con la gracia comienza el hombre a vivir una nueva vida. Con ella el hombre *renace*, recibe un nuevo ser. Por esta nueva vida que poseen los justos, los que tienen la gracia, se dice de ellos que «de Dios son nacidos» (Jo. 1, 13), que son «creados en Cristo» (Eph. 2, 10), que han «sido trasladados de la muerte a la vida» (1 Jo. 3, 14).

Todo hombre, por haber recibido de Dios la vida física, la natural, es hijo de Dios. Pero son doblemente hijos de Dios los que han recibido, además de la vida natural, la vida sobrenatural. De éstos dice expresamente San Juan que el Verbo encarnado «dióles poder ser hijos de Dios» (Jo. 1, 12). Y San Pablo dice también de los justos: «Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis reci-

bido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestra alma de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rom. 8, 14-17). También San Juan dice de los justos que son verdaderos hijos de Dios: «Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que llamados hijos de Dios, lo seamos. Por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoce a El. Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser» (1 Jo. 3, 1-2).

Y si los que poseen la gracia son hijos de Dios, también son hermanos de Jesucristo, que es el primogénito entre todos: «Porque a los que antes conoció, a éstos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8, 29). Y si hermanos, también coherederos de Jesucristo (Rom. 8, 17).

b) *Con esta vida sobrenatural se da gloria a Dios.*

Ya queda dicho que en el orden natural, cada criatura da gloria a Dios con los distintos grados de entidad y perfección que ha recibido de Dios, y, por consiguiente, que el hombre da gloria a Dios de una manera natural con su vida racional.

Al ser elevado el hombre al orden sobrenatural y recibir la nueva vida sobrenatural, no puede tener otro destino que dar gloria a Dios de una manera sobrenatural. El orden sobrenatural no destruye el orden natural, sino que lo eleva y lo perfecciona. Por consiguiente, si el hombre fue creado para dar gloria a Dios de una manera natural, al ser elevado al orden sobrenatural, su destino es también dar gloria a Dios, de una manera sobrenatural.

Jesucristo quiere que sus discípulos obren el bien, de suerte que todos los que vean sus obras glorifiquen a Dios: «Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt. 5, 16). Los Apóstoles insistían en que a Dios fuera tributado todo género de gloria. Decía San Pablo: «Al que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos, en virtud del poder que actúa en vosotros, a El sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús» (Eph. 3, 20-21). Lo mismo decía San Pedro: «Creced más bien en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Salvador Jesucristo. A El la gloria, así ahora como en el día de la eternidad» (2 Petr. 3, 18). Por este motivo decía San Pablo a los fieles que hicieran todo a mayor gloria de Dios: «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor. 10, 31). «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo

todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El» (Col. 3, 17).

c) *Actuación de la vida sobrenatural.*

Al recibir la gracia, bien sea por los sacramentos o por un acto de contricción con el propósito de confesarse, el hombre comienza a vivir esa nueva vida. El Espíritu Santo se le infunde y con El toda la Stma. Trinidad. Esta vida tiene que ser vivida o actuada por el cristiano, ejercitándose en los actos de las virtudes que se le infunden juntamente con la gracia.

En primer lugar, por la fe. Dice Jesucristo: «Esta es la vida eterna que te conozcan a Tí, y a tu enviado Jesucristo» (Jo. 17, 3). Como dice el simbolo atanasiano, «la fe católica es esta: que veneremos un solo Dios en la Trinidad y a la Trinidad en la unidad... Pero es necesario para la eterna salvación que creamos también fielmente en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo» (Denz. 39, 40). Lo primero de la vida cristiana es tener fe. Hay que creer en Dios, en su unidad y trinidad. Hay que creer también en Jesucristo, su enviado. Y porque Jesucristo instituyó la Iglesia como depositaria de su doctrina, se ha de creer todo lo que la Iglesia enseña y propone como verdad de fe.

Esta fe en Dios y en Jesucristo lleva a la esperanza de que se cumplirá la divina palabra de conceder la vida eterna prometida a los que mueren en gracia. La esperanza tiene como motivo el que Dios es infalible y fiel en su palabra y omnipotente para cumplirla. Luego la vida sobrenatural exige la actuación de la virtud de la esperanza.

La vida sobrenatural consiste también en el amor de Dios y del prójimo. Dice San Juan: «Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ese es nacido de Dios, y todo el que ama al que le engendró, ama al engendrado de El. Conocemos que amamos a los hijos de Dios, en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos» (1 Jo. 5, 1-2). «Carísimos, amémonos unos a otros, porque la caridad procede de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y a Dios conoce» (1 Jo. 4, 7-8). «Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte» (1 Jo. 3, 14). Y porque la vida eterna consiste en el amor de Dios y del prójimo, decía Jesucristo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo» (Mt. 22, 37-39). Es necesario, por tanto, para vivir la vida sobrenatural, ejercer la virtud de la caridad en toda su extensión, amando a Dios y al prójimo. Jesucristo llama al precepto

del amor al prójimo «su precepto» (Jo. 15, 12), su «mandato nuevo» (Jo. 13, 34).

Pero es necesario también actuar todas las virtudes morales. El amor de Dios y de Jesucristo exige que guardemos sus mandamientos. Decía Jesucristo: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando» (Jo. 15, 14). «El que recibe mis preceptos y los guarda, ese es el que me ama; el que me ama a mí será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él» (Jo. 14, 21).

De lo dicho anteriormente se deduce cuán extensa es la actividad de la vida sobrenatural. En ella tienen que actuar todas las virtudes, las teologales y las morales.

Queda la cuestión a ver si esa actividad sobrenatural debe extenderse a todos los actos humanos. Es decir, determinar si con todos los actos humanos hay que dar gloria a Dios de una manera sobrenatural.

En primer lugar, no cabe duda que todos los actos humanos pueden ser vividos con esa nueva vida sobrenatural. Por todos ellos se puede dar gloria a Dios de una manera sobrenatural. Ya se han aducido más arriba estos dos textos de San Pablo: «Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor. 10, 31). «Todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús» (Col. 3, 17).

Pero, ¿hay obligación de hacerlo todo a mayor gloria de Dios? Acerca de esto hay dos grandes sentencias entre los teólogos.

Las dos sentencias distinguen entre actos conscientes y actos inconscientes. Los actos *conscientes* son los que se realizan de una manera deliberada y con pleno conocimiento. En ellos intervienen las dos facultades superiores del hombre: el entendimiento y la voluntad. Son los llamados actos humanos. Los actos *inconscientes* son los que se efectúan de una manera indeliberada. En la vida cotidiana hay muchos actos de esta clase. Son inconscientes los actos de la vida fisiológica realizados sin ninguna advertencia por parte del entendimiento y sin ningún influjo de la voluntad. Son también inconscientes muchos actos de la vida afectiva sensitiva en los que no toman parte esas dos facultades. Incluso hay actos inconscientes en el mismo entendimiento y voluntad, puesto que se puede pensar e incluso querer sin que uno se dé cuenta de ello.

Los defensores de una y otra sentencia están conformes en afirmar que los actos inconscientes no son actos de virtud ni pecado, por no ser actos humanos. Estos actos, aunque manifiesten la gloria de Dios al igual que la manifiestan los seres irracionales, no la manifiestan de una manera racional y mucho menos de una manera sobrenatural. Con ellos no se vive la vida sobrenatural.

La cuestión se plantea acerca de los actos conscientes. En esta cuestión, como se acaba de indicar, existen dos opiniones.

Según muchos autores, siguiendo a Santo Tomás ²⁷, hay obligación de ordenar, al menos de una manera implícita, todos los actos conscientes a Dios. Para esto, al parecer, basta seguir el dictamen recto de la razón. Todos los actos conformes a la razón son buenos, y si estos actos, además, son realizados en estado de gracia, son meritorios para la vida eterna.

Otros autores son partidarios de la opinión de San Buenaventura ²⁸, según la cual hay actos humanos, como comer, pasear, conversar, etc., que de suyo son indiferentes; ni son buenos ni malos. Al ser ejecutados dichos actos, pueden ser ofrecidos a Dios, según lo que dice el apóstol en los textos arriba citados, lo cual es muy laudable. Entonces dichos actos, por estar ofrecidos a Dios, se convierten en buenos, y, si el que los realiza está en gracia de Dios, son también meritorios para la vida eterna. Sin embargo, ninguna obligación hay de ofrecer esos actos a Dios, puesto que las palabras del apóstol son un mero consejo; el que ejecuta dichos actos sin ofrecerlos a Dios, pone un acto completamente indiferente en el orden moral.

4. LA MORAL CRISTIANA ES SOBRENATURAL

Hay sistemas morales que no hacen referencia a Dios ²⁹. Entre estas morales que no se relacionan con Dios, las hay que se centran en el hombre, teniendo como meta procurar al hombre su perfección o felicidad en esta vida, la única vida que admiten los defensores de esta clase de moral, como los hebdonistas y los racionalistas. Estas morales, por tener como fin y como centro al hombre, se llaman *antropocéntricas*. También prescinden de Dios las morales que señalan como fin de toda actividad humana la sociedad. Son muy diversas, ya que por distintos caminos, a veces contrarios, buscan únicamente el bien de la sociedad y todo lo supeditan a la obtención de este fin. Estas morales son totalitarias, sacrificando todo, hasta los mismos individuos, por el bien de la sociedad. Pueden denominarse morales *sociocéntricas*.

Las anteriores morales son morales ateas. No admiten la existencia de Dios y proclaman la independencia del hombre y de la sociedad de todo ser superior. Para ellas los supremos valores son, respectivamente, el hombre y la sociedad. Sin embargo, como dice el Papa Juan XXIII, en la

27. 1-2, q. 18, aa. 8-9.

28. *In Sent.* 2, d. 41, a. 1, q. 3.

29. HÄRING, *La ley de Cristo*. I, Barcelona, 1961, p. 85.

encíclica *Mater et Magistra*, «el orden moral no se sostiene sino en Dios: separado de Dios, se desintegra»³⁰.

Sobre las anteriores morales están las morales que se relacionan con Dios y que por eso se llaman *teocéntricas*. Moral teocéntrica es la verdadera moral natural, que parte del hecho, conocido por la razón, de que Dios es el creador y el fin supremo de todos los seres creados. De esta verdad fundamental se derivan las obligaciones que tiene el hombre para con Dios, para consigo mismo y para con los demás hombres. Moral teocéntrica es también la moral mosaica, cuyos preceptos fueron promulgados por el mismo Dios.

La *moral cristiana*, ya por el hecho de contener la moral natural, es teocéntrica. Pero, sobre todo, la *moral cristiana* es teocéntrica porque su autor es Dios. Jesucristo vino al mundo a traer al hombre el mensaje del Padre, a enseñarle el verdadero camino para ir a Dios. Todas las obligaciones de la moral cristiana, todo su contenido, de alguna manera se relacionan con Dios.

La *moral cristiana* se llama también *crístocéntrica*, porque se centra en la doctrina y ejemplos de Jesucristo. Nótese bien que es posible imaginarnos una moral teocéntrica que no sea crístocéntrica. La moral, meramente natural, es teocéntrica y no crístocéntrica. Una moral revelada por Dios sería también teocéntrica y no crístocéntrica, en el caso de que no se hubiera realizado la encarnación. Por el contrario, la moral crístocéntrica es necesariamente teocéntrica, porque Jesucristo es Dios y por El vamos al Padre.

La *moral cristiana*, que es teocéntrica y crístocéntrica a la vez, es sobrenatural.

La *moral cristiana*, en primer lugar, exige mucha renuncia. El cristiano se tiene que despojar del hombre viejo, de que habla San Pablo (Col. 3, 9), venciendo todas las malas inclinaciones y pasiones. San Pablo experimentaba su insuficiencia ante el aguijón de la carne que le abofeteaba y rogó al Señor que se lo retirase, pero el Señor le respondió: «Te basta mi gracia» (2 Cor. 12, 7-9). Sólo con la gracia de Dios se puede lograr el vencimiento total de uno mismo y la sumisión de las pasiones a la razón. En vano el hombre intentará, sin la ayuda de Dios, ese vencimiento y sumisión, pero, ayudado con la gracia divina, podrá exclamar con San Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil. 4, 13).

Por otra parte, vivir la vida que nos comunica Jesucristo supera todas las exigencias de la naturaleza creada. Llegar a ser imágenes de Cristo, a convertirse en otros Cristos, no se puede lograr por medios meramente

30. *Acta Ap. Sed.* 53 (1961) 450.

humanos. Ya nos lo advirtió Jesucristo: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jo. 15, 5).

5. LA MORAL CRISTIANA ES INDIVIDUAL

Hoy se da una importancia sin límites a todo lo social. Lo que contribuye al bien de la sociedad tiene un valor extraordinario, y se desestima lo que, por lo menos de alguna manera, no tiene repercusión en el bien común. El ideal que prevalece es hacer que la sociedad progrese, que haya cada vez más adelantos, más comodidades, en provecho del mayor número posible de individuos. Incluso las ciencias que más privan son las que se orientan al progreso de la humanidad. Los sistemas morales, que anteriormente han sido calificados de *sociocéntricos*, despiertan un gran entusiasmo y tienen muchos adeptos.

Esta orientación hacia lo social lleva consigo que se desvalorice todo aquello que sólo afecta al individuo. Los actos individuales, por muy perfectos que ellos sean, si no tienen repercusión social, con frecuencia pasan desapercibidos. Uno podrá ser muy sabio en ciencias estrictamente especulativas, muy perfecto en su conducta, pero si su sabiduría y su comportamiento no trascienden al bienestar de los demás, es muy poco estimado e incluso se le llega a considerar como un ser inútil, casi como un parásito que vive a costa de los otros.

Por prevalecer lo social sobre lo individual, se pretende que todo individuo actúe constantemente a favor de la colectividad e incluso que sea sacrificado para acrecentar los intereses sociales.

Sin embargo, la *moral cristiana* es, ante todo, individual, que atañe directamente a la persona. La vida sobrenatural es comunicada por Jesucristo a cada uno de los cristianos y tiene que ser vivida personalmente.

En primer lugar, Jesucristo invita a cada uno a seguirle. Los hermanos Simón, Pedro y Andrés fueron invitados personalmente por Jesucristo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres. Y al instante, dejando las redes, le siguieron». Lo mismo sucedió con los otros hermanos Santiago y Juan (Mc. 1, 17-20). Al joven rico que se acercó a Jesús y le preguntó: «¿Qué haré yo para alcanzar la vida eterna?», El le respondió: «Si quieres ser perfecto... ven y sígueme» (Mt. 19, 17-21). Y cuando Jesucristo señala las condiciones necesarias para ser su discípulo, no se dirige en general a todos los que componían aquella muchedumbre que estaba ante El, sino a cada uno en particular: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; y quien perdiere la vida por mí y el Evangelio, éste la salvará» (Mc. 8, 34-35).

Y si la llamada de Jesucristo es dirigida a cada uno personalmente, la respuesta a esa llamada tiene que ser también individual.

Lo primero que tiene que hacer el que ha de ser discípulo de Jesucristo es convertirse a El. La conversión, la *metanoia*, es un cambio de mentalidad, de sentimientos y costumbres. Exige y lleva consigo dos cosas: una *negativa*, abandonar el pecado, romper con todo aquello que aparta de Dios, y otra *positiva*, entregarse a servir a Dios con la práctica de las virtudes. O lo que decía San Pablo: es despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo (Col. 3, 9-10). Ahora bien, esta transformación y renovación no afecta directamente a la colectividad, sino que es cosa personal que se realiza en el interior de cada individuo.

El renacimiento a la vida sobrenatural tiene que ser también individual: «Quien no naciere de arriba no podrá entrar en el Reino de Dios... Quien no naciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de los cielos» (Jo. 3, 3-5). Cada uno es el que tiene que ser bautizado y recibir la nueva vida que comienza con el bautismo, y la actuación de esa vida se tiene que realizar por los actos humanos. La práctica de las virtudes y la observancia de los mandamientos, que son la manifestación de la vida sobrenatural, no pertenecen a la colectividad, sino a cada uno personalmente.

Cada uno está obligado a la perfección moral de sí mismo. A todos dijo Jesucristo: «Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt. 5, 48). San Pablo, escribiendo a los fieles de Tesalónica, les exhortaba también a la propia perfección y santificación: «Bien sabéis los preceptos que os hemos dado en nombre del Señor Jesús. Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación» (1 Tes. 4, 2-3). Seguidamente el apóstol va enumerando las malas obras de que se deben abstener e inculcándoles las virtudes, sobre todo la caridad. Todo esto es en orden a la propia santificación de cada uno hasta llegar a convertirse y transformarse en imagen de Cristo (2 Cor. 3, 18). Como dice el Concilio Vaticano II: «Para alcanzar esa perfección, los fieles, según la diversa medida de los dones recibidos de Cristo, deberán esforzarse para que, siguiendo sus huellas y amoldándose a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo»³¹. Ahora bien, el propio perfeccionamiento, el llegar a ser imagen de Cristo, sólo lo pueden obtener los seguidores de Cristo por sí mismos, con la ayuda de la gracia.

A la propia santificación va unida la propia salvación. Son dos cosas correlativas. La salvación es un asunto personal y, al mismo tiempo, el más importante para cada uno. Lo dijo Jesucristo: «¿Qué aprovechará

31. *Lumen Gentium*, n. 40.

ganar todo el mundo si se pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?» (Mt. 16, 26). En el día del juicio cada uno dará cuenta de todos sus actos: «Yo os digo que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres habrán de dar cuenta el día el juicio» (Mt. 12, 36). «Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios... Cada uno dará cuenta de sí» (Rom. 14, 10-12). Y la sentencia del Divino Juez será conforme a las buenas o malas obras de cada uno durante su vida: «Por tus palabras serás declarado justo, o por tus palabras serás condenado» (Mt. 12, 37). «El Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras» (Mt. 16, 27). Esto mismo nos lo repite Jesucristo en la descripción que hace del juicio final (Mt. 25, 31-46).

Finalmente, en la realización de la moral cristiana influye enormemente el estado afectivo y pasional del individuo. La vida sobrenatural no destruye la vida natural, sino que actúa sobre ella y la eleva. El hombre bautizado se encuentra con la misma parte afectiva, con el mismo temperamento y las mismas pasiones que antes del bautismo. La gracia, juntamente con las virtudes, encauza la manera de ser de cada uno. Grandes santos, como San Pablo, San Francisco de Asís y Santa Teresa de Jesús, estaban dotados de un gran potencial pasional. La moral cristiana tiene que tener en cuenta la indole propia de cada individuo, sus cualidades intelectuales y morales.

6. LA MORAL CRISTIANA ES TAMBIEN SOCIAL

No obstante que la *moral cristiana* es individual y personal, tiene, sin embargo, dimensiones sociales como ninguna otra.

Jesucristo, es verdad, no se presentó en la mano con un plan determinado de reforma de la sociedad de su tiempo. No predicó contra la esclavitud, ni dirigió invectivas contra los dueños de los esclavos; ni siquiera dijo en concreto cómo había que resolver esa cuestión en aquel mundo de entonces donde había una multitud ingente de esclavos. No dio tampoco ninguna regla o ley particular para redimir a la mujer de la postración en que estaba sumida. Los grandes reformadores sociales posteriores se han presentado de otra manera muy distinta. Han proclamado abiertamente en sus programas las reformas que postulaban y han luchado para implantarlas. Jesucristo, a pesar de que sus enemigos le acusaron de alborotar al pueblo (Lc. 23, 14), no fue ningún agitador de muchedumbres y así lo proclamaron públicamente sus jueces (Lc. 23, 14-15).

Sin embargo, en los ejemplos y en la doctrina de Jesucristo se contienen,

y con creces, todo lo bueno y noble, todas las mejoras, que los movimientos sociales han postulado y proclamado.

Jesucristo dijo un día a sus discípulos: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Mt. 20, 28). Esto es lo que hizo Jesucristo durante toda su vida: hacer bien a todos. El apóstol San Pedro resumió la vida de Jesucristo en estas palabras: «Pasó haciendo bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con El» (Ac. 10, 38). Esto mismo había dicho San Mateo en su Evangelio: «Recorría toda la Galilea enseñando en las sinagogas el Evangelio del Reino y curando en el pueblo toda enfermedad y toda dolencia» (Mt. 4, 23). Esta proyección de Jesucristo hacia el necesitado es aducida por El mismo como prueba de su mesianidad. A los enviados por San Juan Bautista para preguntarle si El era el Mesías, les contestó: «Id y referid a Juan todo lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados» (Mt. 11, 4-5). Jesucristo estaba al servicio de todos y por eso se compadecía de sus necesidades (Mt. 15, 32).

El cristiano debe seguir los ejemplos del Divino Maestro: hacer bien a todo el mundo y estar al servicio de todos.

Jesucristo, además de enseñar con su ejemplo a hacer el bien, impuso el precepto del amor universal a todos los hombres. La antigua ley mandaba también amar al prójimo (Lev. 19, 18), pero, como dicen los exégetas, para los judíos el prójimo era el conciudadano y el extranjero que habitaba en medio de ellos. Jesucristo entiende por prójimo, a quien hay que amar, también al desconocido, como lo manifestó gráficamente en la parábola del samaritano (Lc. 10, 30-37). Aún más, Jesucristo declara prójimo incluso al enemigo. Por eso en contraposición a otras morales de su tiempo, Jesucristo manda amar a los enemigos: «Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto también los gentiles? Sed, pues, perfectos como es vuestro Padre celestial» (Mt. 5, 43-48).

El amor debe ser universal a todos los hombres, porque todos somos hijos de Dios. Ya por el mero hecho de haber sido creados por Dios somos sus hijos y como hermanos nos debemos ayudar e interesarnos los unos por los otros. Dios, como buen Padre, hace salir el sol y llueve sobre los hombres sean buenos o malos, justos o pecadores. Nosotros debemos hacer el bien también a todos.

Pero, ya se ha dicho anteriormente, que los que viven la vida sobrenatural de la gracia son doblemente hijos de Dios y son también hermanos de Jesucristo. Todos los hombres están llamados a esta filiación divina. A todos, por consiguiente, los debemos amar en Cristo. En la ley cristiana «no hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno solo en Cristo Jesús» (Gal. 3, 28).

La hermandad y unión entre todos los hombres, sin distinción de pueblos ni de razas, encuentran su verdadero fundamento en el amor universal que impone la moral cristiana. Este amor universal es la verdadera clave para resolver los problemas sociales. En la solución de los conflictos la caridad debe ir unida a la justicia. Es muy distinto dar a cada uno lo suyo de una manera fría, a darlo con verdadero amor, con verdadera benevolencia. El motivo por el cual los teólogos dicen que uno de los dones del Espíritu Santo, el don de piedad, perfecciona la virtud de la religión y la virtud de la justicia es precisamente porque con ese don consideramos a Dios como a Padre, y a nuestros prójimos, como a hijos de ese mismo Padre y como verdaderos hermanos nuestros. Considerándolos de esta manera nos será fácil cumplir con los deberes de justicia, pues entonces miramos al prójimo, no como a un extraño, sino como a un hermano. Por este motivo decía el Papa Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno*, del 15 de mayo de 1931, que para asegurar las reformas sociales «es menester que a la ley de la justicia se una la ley de la caridad... La justicia sola, aun observada puntualmente, puede, es verdad, hacer desaparecer la causa de las injusticias, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos»³².

Por ser hijos de Dios, somos también su imagen. El hijo es semejante a su padre. El mismo Dios, al crear al hombre, dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza» (Gén. 1, 26). Los antiguos teólogos, como S. Buenaventura³³ y Sto. Tomás³⁴, insistían mucho en que el hombre es imagen de Dios. Pero, además de la semejanza natural del hombre a Dios, hay otra semejanza sobrenatural. Como dice San Pablo, Dios «a los que antes conoció, a esos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8, 29). Todo el afán del cristiano debe ser llegar a convertirse en otro Cristo, de suerte que pueda decir con San Pablo: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2, 20). Los cristianos representan a Cristo. Por eso el bien que hacemos a los demás lo hacemos al mismo Jesucristo. En el último juicio dirá el Divino Juez a los predestinados: «Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis»

32. *Acta Ap. Sed.* 23 (1931) 223.

33. *Itinerarium in Deum*, cap. 3.

34. 1-2, prol.

(Mt. 25, 40); lo contrario dirá a los réprobos: «Cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis» (Mt. 25, 45). Cuando San Pablo, antes de su conversión, perseguía a los cristianos, el mismo Jesucristo le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?... Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Act. 9, 4-5).

Además de ser hijos de Dios e imágenes de Cristo, somos también miembros del cuerpo místico de Cristo. La doctrina del cuerpo místico es debida a San Pablo (1 Cor. 12, 12-31; Eph. 3, 16). Así como los diversos miembros del cuerpo humano forman un solo cuerpo, de la misma manera los fieles forman otro cuerpo, que se ha llamado cuerpo místico. La cabeza de este cuerpo místico es Jesucristo y los miembros son los fieles. En el cuerpo humano hay una gran solidaridad entre todos los miembros. «Si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan» (1 Cor. 12, 26). Lo mismo debe suceder en el cuerpo místico. Los males y necesidades que padece uno de los fieles, deben tener repercusión en los demás y cada uno debe prestarse a remediar ese mal y a socorrer esa necesidad. Por este motivo decía San Juan: «El que tuviere bienes de este mundo, y viendo a su hermano padecer necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en él la caridad de Dios? No amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad» (1 Jo. 3, 17-18).

Los primeros cristianos llevaron a la práctica todas las enseñanzas de Jesucristo acerca del amor al prójimo. De ellos dice San Lucas: «La muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común» (Ac. 4, 32). Eran verdaderos *hermanos*. Con esta palabra son designados constantemente en el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (cf. Ac. 1, 15-16; 2, 37, etc.). Como se deduce de muchos pasajes de este libro, vivían una vida de hermandad y de unión.

Un día un esclavo, llamado Onésimo, convertido a la fe por San Pablo, huye de la casa de su amo y se dirige a Roma en busca de San Pablo. Este se interesa por él y lo devuelve con una carta a su amo Filemón. Esta carta, de pocas líneas, es de una proyección social enorme. En ella dice San Pablo: «Tal vez se te apartó (Onésimo) por un momento, para que por siempre le tuvieras, no ya como simple esclavo, sino además como hermano amado, muy amado para mí, pero mucho más para ti, según la ley humana y según el Señor. Si me tienes, pues, por compañero, acógele como a mí mismo» (Fil. 15-16). San Pablo llama al esclavo *hermano muy amado* y quiere que se le reciba como si fuera a él mismo. Esto es practicar el amor cristiano en toda su intensidad.

La *moral cristiana*, en cuanto es social, se distingue radicalmente de

otros sistemas morales sociales. Hay sistemas morales que proclaman como principio supremo la sociedad. Los individuos no tienen otra razón de ser que servir a la sociedad. Los que no contribuyen al bien y progreso de la sociedad y, sobre todo, los que son obstáculo a ese progreso, deben ser eliminados. Estos sistemas subordinan el individuo a la sociedad.

La *moral cristiana*, por el contrario, proclama la supremacía del individuo sobre la sociedad. Así lo hace el Concilio Vaticano II, recogiendo la doctrina de los Papas, sobre todo a partir desde León XIII: «El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, la cual, por su naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social»³⁵. En otros términos, la razón de ser de toda sociedad es el individuo, la persona humana: la familia y los estados con todas las demás sociedades deben siempre ordenarse al bien de los individuos, que forman esas sociedades. Esto es una consecuencia de todo lo que se ha dicho anteriormente. El sujeto del amor fraterno es el individuo, que es hijo de Dios, imagen de Jesucristo y miembro del cuerpo místico de Cristo.

La misma sociedad fundada por Jesucristo, la Iglesia, es para santificar al individuo. Dice el Concilio Vaticano II: «Consumada, pues, la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés para que perennemente santificara a la Iglesia y de esta forma los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu»³⁶. «Cristo, Mediador único, estableció su Iglesia santa, comunidad de fe, de esperanza y de caridad en este mundo como una trabazón visible y la mantiene constantemente, por la cual comunica a todos la verdad y la gracia»³⁷. Los individuos deben formar parte y vivir en la Iglesia, porque, como dice el mismo Concilio, quiso «el Señor santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le conociera en la verdad y le sirviera santamente»³⁸. Este pueblo en el Antiguo Testamento fue el pueblo de Israel; en el Nuevo Testamento es la Iglesia³⁹.

35. *Gaudium et spes*, n. 25.

36. *Lumen Gentium*, n. 4.

37. *Lumen Gentium*, n. 8.

38. *Lumen Gentium*, n. 9.

39. *Lumen Gentium*, n. 9.

7. DINAMISMO DE LA MORAL CRISTIANA

Por el mero hecho de que la *moral cristiana* es vivir la vida sobrenatural que comunica Jesucristo a los hombres, necesariamente tiene que estar dotada de un gran dinamismo. La vida es dinámica, de lo contrario no es vida.

La moral de Jesucristo, a la manera del fuego, opera una total transformación en el hombre. Jesucristo decía: «Yo he venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda?» (Lc. 12, 49). Esta transformación consiste en la renovación del hombre hasta convertirse en imagen de Jesucristo. San Pablo decía: Despojaos del hombre viejo con todas sus obras, y vestios del nuevo, que sin cesar se renueva para lograr el perfecto conocimiento, según la imagen de su Creador» (Col. 3, 9-10). «Despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error; renovaos en vuestro espíritu y vestios del hombre nuevo, creado según Dios, en justicia y santidad verdaderas» (Eph. 4, 22-24). «El que es de Cristo, se ha hecho criatura nueva y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo» (2 Cor. 5, 17). «No os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente» (Rom. 12, 2). Ahora bien, para llegar a esta transformación, se requiere un continuado esfuerzo, dominando las pasiones y adquiriendo las virtudes.

El dinamismo, o mejor la vitalidad, de la moral cristiana se manifiesta por los frutos que produce. San Juan Bautista, y después el mismo Jesucristo, emplean una comparación tomada del árbol bueno y del árbol malo. San Juan clamaba en el desierto: «Haced, pues, frutos dignos de penitencia... Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego» (Mt. 3, 8-10). Y Jesucristo, refiriéndose a los propagadores de falsas doctrinas, decía: «Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se cogen racimos de los espinos o higos de los abrojos? Así que todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. No puede árbol bueno dar malos frutos, ni árbol malo dar frutos buenos. Por los frutos, pues, los conoceréis» (Mt. 7, 16-20). En otra ocasión decía también Jesucristo: «Si plantáis un árbol bueno, su fruto será bueno, pero si plantáis un árbol malo, su fruto será malo, porque el árbol por el fruto se conoce» (Mt. 12, 33). La *moral cristiana*, al igual que el árbol bueno, tiene que producir sus frutos buenos, o sea, los actos de virtud. Precisamente los seguidores de Jesucristo serán conocidos por sus virtudes, sobre todo por su caridad fraterna (Jo. 13, 35).

La vida moral es también un continuo caminar hacia Dios. Jesucristo dice que en la vida del hombre hay dos sendas: una que lleva a la vida, al cielo; otra que conduce a la perdición, al infierno (Mt. 7, 13-14). Jesucristo es el camino para ascender al Padre (Jo. 14, 6). San Pablo nos pre-

senta la vida del cristiano como una carrera para alcanzar el premio: «¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno sólo alcanza el premio? Corred, pues, de modo que lo alcancéis. Y quien se prepara para la lucha de todo se abstiene, y eso para alcanzar una corona corruptible; mas nosotros para alcanzar una incorruptible» (1 Cor. 9, 24-25).

Los santos, basados sin duda en estos textos de la Sagrada Escritura, concebían también la vida moral de una manera dinámica. Santo Tomás condensa toda la doctrina moral en esta fórmula: *de motu creaturae rationalis in Deum*; es decir, que la vida moral es un movimiento hacia Dios ⁴⁰: una *conversio ad Deum*, un volverse hacia Dios, ponerse de cara hacia El, así como la *aversio a Deo* es apartarse de Dios. San Buenaventura había empleado unos años antes que Santo Tomás una fórmula semejante: *Itinerarium mentis in Deum*, o sea, itinerario del alma hacia Dios, que es el título de uno de sus opúsculos ⁴¹. Dos fórmulas equivalentes a las anteriores emplearon posteriormente Santa Teresa y San Juan de la Cruz: *Camino de perfección* sería el título de uno de los libros de Santa Teresa ⁴²; *Subida al Monte Carmelo* se llamaría una obra de San Juan de la Cruz ⁴³.

Los teólogos usan una palabra muy significativa para expresar que el hombre en esta vida está en un lugar de peregrinación: dicen que el hombre es *viator*, o pasajero, peregrino. Esta fórmula es de origen paulino. San Pablo dice que en la tierra estamos en una tienda de campaña como la que usan los peregrinos, mientras que nuestra patria está en el cielo: «Gemimos en esta nuestra tienda, anhelando sobrevestirnos de aquella nuestra habitación celestial, supuesto que seamos hallados vestidos, no desnudos... Así estamos siempre confiados, persuadidos de que mientras moramos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor, porque caminamos en la fe y no en la visión, pero confiamos y quisiéramos más partir del cuerpo y estar presentes al Señor» (2 Cor. 5, 2-10).

Si en esta vida somos viajeros, peregrinos, y si nuestra mansión, nuestra patria está en el cielo, luego debemos caminar constantemente sin parar, llenos de esperanza, para llegar al cielo. Y como peregrinos que somos, no debemos preocuparnos de las cosas de este mundo que pudieran detenernos en nuestro camino hacia el cielo. Por este motivo decía Jesucristo: «No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los consumen, y donde los ladrones perforan y roban. Atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los consumen y donde los ladrones no perforan ni roban» (Mt. 6, 19-20). En este mismo sentido decía San Pablo: «Digoos, her-

40. 1, q. 2, prol.

41. *Obras de San Buenaventura*. I, edición de la BAC. Madrid, 1941.

42. *Obras completas de Santa Teresa*. II, edición de la BAC. Madrid, 1956.

43. *Vida y obras de San Juan de la Cruz*. Edición de la BAC. Madrid, 1946.

manos, que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no comprasen; y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen; porque pasa la apariencia de este mundo» (1 Cor. 7, 29-31).

Repetidas veces se ha dicho ya anteriormente que la *moral cristiana* no es otra cosa que vivir la vida sobrenatural; que, viviéndola, somos doblemente hijos de Dios y que somos también hermanos de Jesucristo; que con ella nos transformamos en imagen de Jesucristo, llegando a ser otros Cristos. Todo esto, sin duda, debería despertar un gran entusiasmo en las almas e infundir en ellas un afán constante de vivir esa vida que eleva al hombre sobre lo humano y lo hace participe de la vida divina.

Muchas veces, sin embargo, la *moral cristiana* no entusiasma ni tiene atractivos, antes bien repele y causa aversión. Se la mira como una moral muerta y fracasada.

Ciertamente que la razón de todo eso frecuentemente es la dificultad que siente el hombre en practicar una moral que exige renunciaciones en la vida y en la que hay que dominar las pasiones. Y, efectivamente, la *moral cristiana*, mirada sólo de una manera humana, es imposible. San Pablo decía de Jesucristo que era «escándalo de los judíos y locura para los gentiles» (1 Cor. 1, 23). Esto mismo se puede decir de la moral cristiana: humanamente es una locura. Pero el mismo San Pablo decía también que lo que no podemos solos, fiados en nuestras fuerzas, lo podemos «con Aquel que nos conforta» (Phil. 4, 13).

El que la *moral cristiana* parezca a muchos una moral sin entusiasmo y sin vida, de ordinario es porque tienen de ella un falso concepto o al menos muy incompleto.

Muchos sólo ven en la moral la parte negativa, o sea, las prohibiciones: no matarás, no harás esto y lo otro. Consideran a la moral únicamente como si fuera un control de la libertad. Y, naturalmente, vista la *moral cristiana* sólo bajo ese aspecto, no tiene ningún atractivo, sobre todo hoy que existe la tendencia a librarse uno de toda traba, y se tiende a la máxima libertad, sin que se interponga barrera alguna en el obrar. Pero esta visión de la *moral cristiana* es una visión muy pobre. La *moral cristiana*, es verdad, contiene diversas prohibiciones, pero éstas no constituyen lo principal de la moral cristiana. La *moral cristiana*, se ha dicho repetidas veces, es vida, y la vida no consiste en algo negativo. En la vida sobrenatural sucede lo mismo que en la vida física. De seguro que a nadie se le ocurre pensar que la vida humana consiste únicamente en evitar las enfermedades y todo aquello que puede destruir la vida. El vivir no es sólo estar en una constante actitud de defensa para no morir. Vivir es, sobre todo, desplegar toda la actividad de que uno es capaz. La vida sobrenatural

no puede tampoco reducirse a una mera actitud de defensa para no morir, para no cometer el pecado.

Hay otros muchos que reducen la *moral cristiana* al cumplimiento de ciertas prácticas, como oír misa, guardar los días penitenciales, etc. La moral cristiana impone esas prácticas como medios para fomentar la vida espiritual; pero esas prácticas no son lo esencial en la *moral cristiana*. Aún más, esas prácticas ejecutadas sin el verdadero espíritu no tienen ningún valor. Por eso decía Jesucristo: «No todo el que dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos» (Mt. 7, 21).

Por último, hay quien reduce la *moral cristiana* únicamente a evitar el pecado, a mantenerse en la gracia. A formar esta idea de la *moral cristiana* han contribuido principalmente algunos autores de Teología moral llamados casuísticos. Han escrito sus Morales con el único fin de ayudar a los confesores en la administración del sacramento de la Penitencia y se han limitado a establecer el límite que existe entre lo que es pecado y no es pecado. No se han ocupado para nada de las virtudes, creyendo que eso no pertenece a la moral cristiana, sino a la *espiritualidad* cristiana, como si ésta estuviera sobre la moral.

No cabe duda que la *moral cristiana* exige evitar el pecado y mantener la gracia recibida. Pero esto es lo infimo de la *moral cristiana*. El siervo que no negoció con los talentos recibidos y se limitó a conservarlos, fue condenado (Mt. 25, 24-30). Los antiguos maestros de espíritu solían decir que el no avanzar en la vida espiritual es volver atrás. El cristiano no se puede contentar con conservar la gracia y evitar el pecado, sino que constantemente debe avanzar en la virtud y caminar siempre adelante. S. Pablo escribía a los cristianos de Colosas que no cesaba de orar y pedir para que anduviesen de una manera digna del Señor, «procurando serle gratos en todo, dando frutos de toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios, corroborados en toda virtud por el poder de su gloria, para el ejercicio alegre de la paciencia y de la longanimidad en todas las cosas» (Col. 1, 9-12).

Finalmente, no hay nada más dinámico que la vida militar y la guerra. El santo Job ya concebía la vida del hombre como una milicia (Job. 7, 1), pero es el mismo Jesucristo el que dice: «No penséis que he venido a poner paz en la tierra; no vine a poner paz, sino espada» (Mt. 10, 34). El cristiano tiene que hacer grandes renunciaciones por Jesucristo, hasta dejar a la familia, si fuere preciso; tiene que librar grandes batallas contra el enemigo, pero, sobre todo, consigo mismo para vencer las pasiones y reducirlas a la razón; tiene que soportar odios y persecuciones por Jesucristo. Esto es una continua milicia, una verdadera guerra sostenida por una gran causa, por Jesucristo.